

Pedro Antonio Reyes Linares¹

Resumen

La lección recupera la categoría de natalidad en Hannah Arendt para poner de relieve el carácter único e iniciante de la palabra humana, que implicada en un intercambio dialógico de opiniones, donde el diseño del lugar y convivencia para un ejercicio gozoso de conversación que se abre reverentemente a la otredad de la persona con quien se dialoga, constituye la base fundamental de una comunidad política, asamblea, que se convierta en fermento de una sociedad más democrática. Ese es el rol, propone el autor, que puede jugar la universidad en las circunstancias que actualmente amenazan con condenarnos al silencio o a la unanimidad impuesta.

Palabras clave: natalidad, opinión, política, conversación, universidad.

Agradezco mucho al Rector la oportunidad de compartir con ustedes estas breves reflexiones. También agradezco a mis colegas, alumnos, alumnas y compañeros y compañeras de trabajo porque, como todo ejercicio del pensamiento, no nacen de la solitaria o una intimidad exagerada, sino que se van dando al hilo de conversaciones, de confidencias, preocupaciones, búsquedas y esfuerzos por dar sentido, cuando esta expresión quiere decir brindarlo o casi inventarlo, a las situaciones y circunstancias que vivimos, en lo cotidiano y en lo que, podríamos llamar, la esfera general y pública.

Había pensado, cuando empecé a trabajar en esta reflexión, iniciar diciendo que vivimos tiempos de incertidumbre, aunque la aplastante oscuridad de los acontecimientos que se nos presentan demasiado frecuentemente, me hacía dudar de esa calificación. Sí, y es que tal vez lo que nos angustia del tiempo puede no ser la incertidumbre sino, por el contrario, la que parece una irremisible certeza de que no podremos cargar con lo que tenemos enfrente, que no sabremos darle respuesta satisfactoria, cuando lo que se acumulan son las vidas cortadas a medio camino, los cuerpos desaparecidos, los huecos en las familias y en las comunidades de amigos y

¹ Es profesor investigador del Departamento de Filosofía y Humanidades en el ITESO. Doctor en Filosofía y Master en Humanismo y Trascendencia por la Universidad de Comillas en Madrid, España. Maestro en Filosofía Social y licenciado en Filosofía y Ciencias Sociales por el ITESO y licenciado en teología por la Universidad Iberoamericana.

vecinos, los proyectos frustrados porque no cayeron en las escasas y excesivamente delgadas redes de protección y solidaridad que se formaron en estos tiempos de enfermedad con nivel pandémico y de violencia con nivel de tragedia. Como en los tiempos griegos, no es a lo desconocido a lo que teme el ser humano, sino, por el contrario, a lo conocido, a lo que por conocido se impone con toda su fuerza y nos dice que la historia será solo ésa, la una que no nos queremos decir, que no queremos vivir, que no nos queremos contar. Y ése es, como diría Adriana Cavarero, no solo el terror que paraliza nuestros miembros, sino el horror que ahoga el grito en nuestra boca, porque la violencia que se impone nos pretende convencer de que es ya inútil siquiera gritarlo o llorarlo.²

Pido perdón por empezar con esta nota apocalíptica, pero los números de desaparecidos, desposeídos, en riesgo de fracaso y en desesperanza son abrumadores, y me parece que es importante reconocer la profundidad de la herida que se ha inflingido a nuestra confianza y esperanza para poder iniciar el camino que pudiese darles nuevo aliento. Y eso es lo que pretendo reflexionar con ustedes, e invitarlos a que la reflexión la continuemos en los pasillos o en las pantallas, en las aulas virtuales o presenciales, en los espacios que también formamos en nuestros cafés y en nuestros hogares y la dejemos salir a donde sea fecunda y donde pueda tal vez anunciar que no se ha dicho todavía la última palabra.

Porque, sin embargo, y a pesar del grito o llanto ahogado en el pecho, conversamos, abrimos la oportunidad de la palabra dirigida a otra persona de quien esperamos también su palabra. Y la audacia de quien inicia esa conversación, aunque no parezca tener palabras suficientes para el consuelo, sorprende y nos invita a pensar. Mi reflexión quiere ir precisamente a este punto, la palabra, y la característica sorprendentemente redentora que puede tener. En cada palabra, la historia se hace inconclusa, y se abre la oportunidad de re-contarse, de re-hacer su narrativa, y, finalmente, tal vez, si reconocemos que narrar es también una acción histórica que consiste precisamente en la propuesta, de re-hacerse. Como diría un compañero jesuita y profesor, colega nuestro, rehacer las narrativas y encontrar los tonos que puedan hacer resonar en nuestros oídos nuevos ecos, que nuestras certezas acostumbradas o las maneras en que comúnmente las buscamos puedan ya no encontrar por ningún lado. Se trata de que esos tonos vuelvan a abrir el oído para que vuelva a reclamar su espacio y lugar para escuchar otras cosas que las que siempre oímos, o, más bien, escuchar a lo otro, a las otras personas, que vienen y se anuncian porque el oído siempre está a la espera de lo que llegue, con toda su novedad, y solamente se puede colapsar esa novedad en lo ya conocido, en lo cierto, cuando se hace una operación mental que mueve a hacer caso omiso de esa novedad.

² Cavarero, Adriana, *Horrorismo. Nombrando la Violencia Contemporánea*, Anthropos-UAM, Barcelona-México, 2009.

Es por ello que quiero invitar a que esta reflexión sea el inicio de una conversación espiritual,³ donde el adjetivo refiere precisamente a esa apertura a acoger la novedad con todo lo que le es propio, y no escamotearla en el juicio con lo antiguo para descalificarla diciendo que esto ya se ha intentado antes y que no tiene sentido volverlo a intentar. La conversación, con ese connotado de espíritu, tiene la audacia de centrarse precisamente en medio de esas oscuridades con que nos amenaza la certeza, y, como los caminantes que en una noche cerrada se sientan en la fogata a contarse sus historias para asustarse el miedo, arriesgarse a tocar con sus palabras el corazón de quien se sienta junto a nosotros para invitarle a unirse a la conversación, a contar también el mundo como lo ve, como lo siente, como lo llora, como lo piensa. Las conversaciones se van así uniendo y tejiendo en un trabajo artesanal (de ése del que habla el Papa Francisco en su *Fratelli Tutti*⁴) que puede traernos como promesa la cercanía, la comunidad y la paz.

Este empeño de iniciar conversaciones y de continuarlas en circunstancias que amenazan con silenciarnos o convencernos de que no hay nada importante que decir, viene a apoyarse en una capacidad que Hannah Arendt, como testigo de tiempos también oscuros y de aplastante certidumbre en torno a la Segunda Guerra Mundial, vino a rescatar de los escritos de Agustín de Hipona, otro testigo de tiempos de oscuridad: cada ser humano es siempre un inicio.⁵ La conversación inicia cuando alguien pone una palabra en la mesa, o tal vez solo un gesto o una mirada. Pero tenemos esa capacidad de iniciar, que Arendt llamaba natalidad, porque se enraiza en nuestra misma condición de ser nacidos, de nacer de otra persona, de una mujer (diría Pablo), de venir a la vida naciendo, iniciando lo que la estructura biológica, social y funcional, aunque le daba lugar, cultura, órganos y huesos, no podía prever en su totalidad y recibía con su carga y carácter de novedad. “Un niño nos ha nacido”⁶, comenta Agustín, y Arendt con él, y el mundo puede alegrarse porque la novedad irrumpe y le anuncia que no está todo dicho. Hay una nueva palabra que se está diciendo, antes incluso de que empiece a hablar; hay una nueva historia por contar.

³ Es interesante el sentido que recupera Germán Arana en su artículo “La Conversación Espiritual, Instrumento Apostólico Privilegiado de la Compañía” en *Revista de Espiritualidad Ignaciana*, No. 108, XXXVI, I/2005. Consultado en <https://www.educatemagis.org/wp-content/uploads/documents/2019/08/200510803sp.pdf> (abierto por última vez el 20 de agosto de 2021).

⁴ Francisco Papa, *Carta Encíclica Fratelli Tutti. Sobre la Fraternidad y la Amistad Social*, Dabar, México, 2020.

⁵ Cfr. Arendt, Hannah, “Comprensión y Política. Las Dificultades de la Comprensión”, *Daimon. Revista Internacional de Filosofía* (26), 17-20, recuperado en <https://revistas.um.es/daimon/article/view/12041> (última entrada 20 de agosto de 2021)

⁶ Cfr. Lc 2,11. San Agustín comenta el texto en repetidas ocasiones que han sido recogidas en sus sermones. Están recogidos en la colección de *Obras Completas* en la BAC, Madrid, 2015.

La natalidad, como prácticamente todo aquello que toca lo último y radical de nuestra humanidad, no es algo de lo que se pueda ofrecer comprobación, sino algo que irrumpe en la experiencia y se alberga en los espacios que se abren con nuestra sorpresa, el asombro, nuestras dudas, nuestros temores, lo incontrolable, lo que no tenemos a la mano y no podemos, por ello, prever, ver de antemano. Se abre espacio en el terreno de la incertidumbre y el asombro cuando el llanto del niño no para, después de haber aplicado todos los remedios que antes nos habían funcionado. Nos muestra su poder, cuando un pequeño giro en la perspectiva, hace que toda una investigación encuentre soluciones que se habían dado por descontadas. Hace visible su presencia en la palabra inesperada y solidaria, que contradice la experiencia de aversión que teníamos de tal o cual persona, o la decepción que se sigue en la contrariedad con quien antes se había mostrado como afín en prácticamente todos los aspectos. En todo caso, nos detiene, nos obliga a salir de las certezas y nos propone considerar con más cuidado, con más espacio y tiempo, con más atención a los detalles, por tanto, con más cariño, a quien se nos presenta así, tan otro.

Lo que nos propone es dar tiempo al discernimiento, a dejarnos afectar profundamente por la novedad que la otra persona nos representa, para darle espacio suficiente, desarmando las previsiones de lo que habría de ser esa suficiencia y dejando que sea la novedad quien lleve la batuta, quien se muestre por sí misma y nos solicite seguir su dictado. Es esa propuesta la que pasamos por alto cuando las convicciones de nuestras certezas, o, simplemente, los hábitos que condicionan nuestros movimientos físicos o psíquicos nos hacen simplemente seguir las rutinas e ignorar esa situación de novedad, lo que, diría Arendt, está en las raíces del mal que, la mayor parte de las veces, es simplemente banal. A esta pérdida de conciencia, más por dejar pasar la oportunidad de detenerse, algunos autores, como Zubiri, referirían como una “desmoralización”,⁷ es decir, des-ejercitar la sensibilidad (con sus tres momentos de intelección, sentimiento y voluntad) para dejar de sentir la novedad que le llama, la dignidad de quien ostenta esa novedad en su voz y en su cuerpo, muchas veces herido, lastimado, silenciado o, incluso, destrozado, y conformarnos con lo ya sabido, lo acostumbrado, lo seguro y desesforzado.

Con estos comentarios, ya podríamos atisbar que este asunto de natalidad tiene también hilos de comunicación con los problemas morales, o tal vez apunta a su fundamento mismo, al reconocimiento de la dignidad humana. Pero quiero ahora proponer el otro aspecto que aquí aparece: en este reconocimiento se juega el acto político fundacional, es decir, el secreto que rige la verdadera convivencia entre iguales y las condiciones que se piden para atender a ese secreto. Me quiero centrar

⁷ Cfr. Zubiri, Xavier, “Las Fuentes Espirituales de la Angustia y la Esperanza”, en *Sobre el Sentimiento y la Volición*, Fundación Xavier Zubiri-Alianza Editorial, 1994.

en una de esas condiciones: si el reconocimiento de la natalidad afecta directamente a la sensibilidad, como una invitación a entregarse en un cierto modo de reverencia y atención, habrá que dotar al lugar, espacio-tiempo, a la convivencia, de recursos contra la habituación desmoralizante para favorecer una habituación, una habitación, que fortalezca la esperanza y confianza para detenerse, sentir la novedad, reverenciarla, gozarla y dejarla estar, dejándose también estar en ella. Es decir, construir un lugar y un modo de habitarlo que permita albergar a la natalidad ahí, en los cuerpos en que se presenta.

Lo que alberga a la natalidad, lo que acogemos en nuestra duda, es siempre una palabra. Me refiero con esto no solo a la construcción de sintagmas lingüísticos, sino a la comunicación que viene de otra persona y que, más allá del contenido, nos indica esa pertenencia. Es una palabra “suya” que viene a mí, como una respuesta que yo no estoy dando ni tampoco podría dar, aunque pudiese identificarme en su contenido, simplemente porque no viene de mí. La fuerza de ese venir se impone en la comunicación, desbordando el mensaje y haciendo aparecer al mensajero, aunque éste no pueda ser identificable o quede sólo como una orientación que se impone en mi sentir y me hace voltear. Está hacia allá o hacia acá, como cuando volvemos el rostro porque nos ha llegado el eco de una voz, pero no vemos a quien la profiere. Es esa pertenencia la que está haciéndonos peso, brillando, dirían los griegos, en el mensaje: lo envuelve y le presta su dignidad de no ser mío, de no ser apropiable por mí, de serme independiente, de ser libre. Brillo se dice en griego, *doxa*, opinión. La misma palabra que los antiguos traductores de la Biblia a la lengua helénica usarían para designar esa otra hebrea, que guarda más las connotaciones del peso y dignidad, *kabod*, y que los latinos tradujeron, ambos términos, con la palabra *gloria*.⁸ La opinión puede recuperar, me parece, todos estos sentidos y es lo que intentaré mostrar en el tiempo que me resta y lo que pretendo relacionar con nuestra misión en la universidad.

La opinión guarda ese poder de la natalidad, el que nos indica el peso de su pertenencia a una fuente de luz y brillo que no soy yo, que nos solicita un lugar propicio y un ejercicio constante de atención para que se pueda hacer visible su novedad, que no consiste, de nuevo, tanto en la novedad del contenido o el mensaje sino en la de esa pertenencia no mía y la dignidad que eso imprime a la opinión. Lo que estoy recibiendo es un don, que no puedo tomar como mi obra propia, y al que tengo que atender como cosa otra, extraña, ajena. Pero también me pide el ejercicio de hacer visible que, siendo un don, es también cosa entregada, compartida, generosamente puesta ante mí y esforzadamente modelada para alcanzarme, para llevarme donde no he estado, donde no he llegado, prestándose como vehículo para

⁸ Para algunos datos respecto de esta etimología, consultar Haag, H. et.al., *Breve Diccionario de la Biblia*, Herder, Barcelona, 2012.

ese traslado, es decir, para darme novedad, trascenderme, ir más allá de donde estoy y he estado. La opinión no se presenta entonces como palabra solitaria, sueños febriles de una inteligencia clausurada, sino como propuesta en la intersubjetividad, para que la novedad no venga solo de ella sino que venga de quien también responde a ella, quien le presta su escucha, su cuerpo, sus propias historias, sus dolores, esperanzas, mitos, leyendas, sus versos. Es decir, la opinión da su fruto precisamente como conversación.

El lugar que se pide para que la opinión florezca, entonces, es uno que pueda disponer a quien escucha, que con su acogida y eventual respuesta, también opinión, se convertirá en hablante y proponente, y así también disponer a quien antes ofreció su palabra para invitarlo a convertirse en escucha, en silencio acogedor, en ejercicio (ignaciano) de salvar la proposición del prójimo, y, finalmente, en nueva opinión. Las opiniones solamente se hacen tales, plenamente, cuando se entrelazan, se intercambian y se dejan fecundar mutuamente. Solo así dan su fruto, solo así se logra ver el brillo que pueden tener, porque antes (cuando se nos avisó ese brillo indicándonos la fuente) no vimos el brillo sino que solo el anuncio de que vendría esa luz, si le dábamos el espacio adecuado. Este brillo que ahora nace en el intercambio, en el diálogo, es el brillo de la “universitas”, raíz de la universalidad, también de la palabra “universidad”, que se convierte así, en un lugar donde se ensaya la política, la formación de la *ekklesia*,⁹ es decir, de la asamblea, donde se puede hablar porque habrá escucha, porque habrá acogida, porque habrá respuesta y se podrá seguir dialogando, como soñaba Sócrates condenado a muerte, por toda la eternidad.

La *universitas*,¹⁰ como lugar, se convierte así en el crisol de la opinión. No el único lugar (y es deseable que no sea el único, y por eso esta reflexión la he llamado “un crisol de la opinión”) pero sí uno que tiene como misión fundamental, vocación

⁹ Elisabeth Schüssler Fiorenza ha recuperado el sentido de asamblea como lugar en que se reúnen las palabras de las personas libres y con igual dignidad para el término *ekklesia* que resulta fundamental para su propuesta teológica, pero también para la imaginación política. Cfr. Castelli, Elizabeth A., “The Ekklesia of Women and/as Utopian Space: Locating the Work of Elisabeth Schüssler Fiorenza in Feminist Utopian Thought”, en Schaberg, Bach, Fuchs (eds.), *On the Cutting Edge. The Study of Women in Biblical Worlds. Essays in Honor of Elisabeth Schüssler Fiorenza*, Continuum, Nueva York, 2003. Consultado en https://www.academia.edu/1862992/The_Ekklesia_of_Women_and_as_Utopian_Space_Locating_the_Work_of_Elisabeth_Schuessler_Fiorenza_in_Feminist_Utopian_Thought?auto=download (abierto por última vez el 20 de agosto de 2021).

¹⁰ Resulta interesante la vinculación entre la palabra *universitas* y la comunidad, como aparece en el artículo de Moncada, Jesús Salvador, “La Universidad: un acercamiento histórico-filosófico” en *Ideas y Valores*, vol. 57, no. 137, Bogotá, Mayo/Agosto 2008, pp. 131-148, consultado en <http://www.scielo.org.co/pdf/idval/v57n137/v57n137a08.pdf> (abierto por última vez el 20 de agosto de 2021).

de nacimiento, cuidar de que en su espacio se forje la opinión y pueda brillar con toda su fecundidad. Y es, entonces, también imperativo para esa misión que pueda forjar el espacio, forjarse como espacio, al mismo tiempo que las opiniones se van modelando, fortaleciendo y flexibilizándose, en el calor que el crisol les da. Para ello, la *universitas* vive de una confianza básica que le permite realizar esa labor artesanal: la opinión no ha de resultar en una confusión de palabras, porque el ejercicio bien llevado de la conversación ha de dar siempre posibilidad de que con ellas se pueda hacer nacer una comunidad que habla, pero siempre como quien responde, es decir, como quien primero ha escuchado, callado, acogido, salvado y finalmente ha ofrecido también su propia palabra, sin descuidar lo recibido sino rindiéndole reverencia.

Por eso la *universitas* no es el espacio de la unanimidad nacida de la sumisión o de la imposición de palabras unilateralmente formuladas y protegidas para resultar inexpugnables. Por el contrario, es el espacio que se arriesga a la exposición: piensa la palabra siempre para ser expuesta, para que se ofrezca en el campo como la flor que se lanza en señal de la esperanza en la capacidad de la tierra de convertirse en espacio de reconciliación, donde cada una de las vidas pueda encontrar su espacio en esa conversación, en esa *universitas*, lugar donde se cruzan los distintos versos, y pueda resonarse, sin imponerse, sino con concordia, en las otras personas y sensibilidades con quienes comparte el lugar. La *universitas* es el lugar donde las voces se modelan para reconocer con alegría la diferencia, y aprender a hacer el ejercicio coral que, nos dice Adriana Cavarero, es y puede ser la humanidad.¹¹

De manera que en la *universitas* no solo se busca la verdad, que corre el riesgo de predefinirse como una y única y desde ahí de la perversión de la opinión, la propaganda, que busca imponer una sola voz. La *universitas* busca sobre todo la comunidad que puede llegar a vivir esa forja en la verdad; es decir, a hacerse verdad ella misma en el intercambio reflexivo de las opiniones surgidas. Y aquí tomo el término “reflexión” no solo en el sentido que hemos hecho habitual, sino también en el más antiguo que Ignacio de Loyola nos propone en sus ejercicios, “reflexionar para sacar provecho”,¹² dejar que la opinión otra se refleje en nosotros, nos preste su luz y su brillo, nos cuente su propia historia (con su dolor y su esperanza), y nos permita dar también el propio brillo, sin olvidar que, en tiempos de Ignacio, los espejos de reflexión no se esperaban tan perfectamente pulidos como para dar la luz idénticamente, sino que daban en su reflejo también sus imperfecciones, sus

¹¹ Cavarero, Adriana, *For More than One Voice. Toward a Philosophy of Vocal Expression*, Trad. Paul Kottman, Stanford University Press, Stanford, 2005.

¹² Loyola, Ignacio de, *Ejercicios Espirituales. Autobiografía*, Ediciones Mensajero, Bilbao, s/f. EE 115, p. 57.

pequeñas sombras y todo lo que hacía de la luz reflejada algo diferente a la primera que la motivó.

Cada una de las personas en la *universitas* refleja así un espacio irrepetible, natal, en donde la opinión que se vierte tiene siempre una aportación a la conversación que nadie más podría dar. No es solo un punto de vista, sino que constituye precisamente la visión que juntas las personas podemos construir para que todas podamos ver, especialmente lo que nos hemos acostumbrado a no ver. Es precisamente la opinión así intersubjetivamente expuesta la que va abriendo nuestros ojos y oídos a una realidad que nos excede y que no puede achicarse a una sola perspectiva. Por eso Arendt, en su estudio sobre la Revolución Americana,¹³ nos recordará que no es la unanimidad la que nos asegurará la paz, sino la capacidad de desarrollar ejercicios (y narrativas que los soporten y acompañen) que nos hagan descubrir posibles las conversaciones de opiniones diversas, que se sostienen en el tiempo sin necesariamente buscar una posición que venza, sino buscando, más bien, hacer el ensayo de una comunidad que puede mantener su conversación, su ejercicio político por excelencia, durante largo tiempo. Es así como la *universitas* puede presentarse como un espacio de pausa, de excepción, de expectación (más llena de esperanza que de urgencia) para poder situar en el mundo, en nuestro único mundo tan lleno de todo eso que nos urge y nos invita a volver a las certezas y seguridades, un lugar donde es posible formar esa comunidad otra, semilla de verdadera política, de verdadera asamblea, en el seno y desde dentro de la comunidad mayor.

Una segunda capacidad, nos recuerda Arendt, ahora retomando a Kant,¹⁴ nos permite abrirnos a este ejercicio de creación de la comunidad que pueda soportar una conversación de este estilo: la imaginación. No se trata meramente de una capacidad combinatoria de pensamientos que ya circulan en nuestros recovecos mentales. Es más bien la capacidad que permite que cada pensamiento entre en contacto con lo otro, con los otros en quienes han nacido, pero no desde mi propia situación sino precisamente imaginando la situación desde donde son formulados y también la situación a la que nos pueden invitar a ir, si nos disponemos a recibirlos. Se trata de la capacidad que muchas veces formulamos como “ponernos en los zapatos del otro”, pero tomando en cuenta que al conocerlos o proyectarlos, no hemos de abolir su carácter extranjero. Los “zapatos del otro” (de las otras, de les otros) pueden llevarnos donde nuestros zapatos no nos han llevado ni prometen llevarnos, donde tal vez no quisiéramos ser llevados precisamente por esas violencias que antes amenazaban con dejarnos en un silencio ahogado, pero

¹³ Arendt, Hannah, *Sobre la Revolución*, Trad. Pedro Bravo, Alianza Editorial, Madrid, 2017.

¹⁴ Arendt, Hannah, *Conferencias sobre la Filosofía Política de Kant*, Trad. Carmen Corral, Paidós Básica, Barcelona, 2017.

reconocemos en ellos esa familiaridad de ser también zapatos para pies humanos, pies nacidos de madres humanas, para caminos humanos.

La imaginación nos coloca en una situación más bien de vinculación afectiva y proyectiva, antes de una situación cognoscitiva. No se trata de quedarnos con la afirmación o rechazo que podamos tener a esa posición, que imaginamos de la otra persona, sino en agradecer y mantener la capacidad de poderla imaginar, de quedarnos y disfrutarlos en ese espacio que ella, y solo ella, nos abre para que podamos discurrir, siempre precariamente pero no por eso menos gozosamente, por los caminos de su pensamiento, de su creatividad, de su acción y su palabra. Aprender a gozarnos en la otredad, sin recurrir constantemente a la autoafirmación y las estrategias más comunes de devaluación del discurso ajeno, es uno de los aprendizajes más importantes a vivir en una institución que sigue la tradición de la *universitas*. Nos pide entonces un ejercicio constante y atento de volver a ese gozo, resistiendo la tentación de otros gozos, de menor envergadura, pero tal vez más intensos, de la conquista, la subyugación y el sometimiento. Se trata de aprender a gozar distinto, de gozar más y de gozar mejor, porque quien aprende a gozar en la extrañeza, está abierta a gozar no solo lo conocido y controlable sino todo aquello con que las cosas, las personas, la bondad nos pudiese sorprender.

Es ese gozo el que nos permite propiamente aprender a modelar nuestra propia conducción en las conversaciones que emprendemos. El gozo de la conversación así llevada, consolación le llamaría Ignacio de Loyola,¹⁵ nos permite descubrir que hay secretos guardados en gestos, miradas, palabras, tonos, incluso en dolores, en llantos, en gritos ahogados, que abren la puerta a la verdadera comprensión; es decir, la que no solamente es argumentación, sino formación de comunidades en donde se puede mantener la conversación en torno a lo importante, lo relevante, lo que no podemos perder, lo que no se debe sacrificar. Es precisamente este gozo el que podría estar en el centro de nuestras pedagogías, alimentando las habilidades que necesitamos desarrollar para no sucumbir al desaliento de la oscuridad e incertidumbre que vivimos, ni a la tentación de los gozos evasivos y menores, y poder así levantarnos a escuchar todas las palabras, todas las voces, especialmente las perdidas, las desaparecidas, como oportunidades de una mirada nueva, no la tuya ni la mía, sino la que todavía estamos por construir.

Es este el entrenamiento en que podemos abocarnos en este nuevo curso y el que mejor responde a nuestra vocación universitaria, a mi modo de ver. Es lo que puede colocar a la universidad en su justo lugar en la situación política que vivimos, como un espacio donde las opiniones se van formando en un espacio libre, donde las voces pueden ser escuchadas y acoger a todas las otras voces (no solo las que

¹⁵ Loyola, Ignacio de, *Ejercicios Espirituales. Autobiografía*, Ediciones Mensajero, Bilbao, s/f. EE 316, p. 142.

están dentro, sino la grande, la social, la que aspiramos a crear); donde se pueden poner en común los argumentos, las imágenes, los relatos, las historias, y procurar mantener viva la capacidad del disenso, porque se privilegia la visión y la comunidad por construir, más que la violencia de la única perspectiva, que tantas veces nos ha llevado al abandono de lo que de verdad vale la pena mantener en nuestras conversaciones, en nuestros pensamientos y en nuestra esperanza: la posibilidad de que la vida rompa con la aparente certeza de la desolación que nos imponen, para que la abramos a las narrativas e historias que todavía podemos contar, las que todavía podemos tejer, las que están aún por venir.

Termino, pues, agradeciendo su amable atención a estas reflexiones que presento hoy. Y les pido encarecidamente que no terminemos aquí esta conversación.

Pedro Antonio Reyes Linares
24 Agosto 2021
Lectio Brevis, ITESO Otoño 2021